

marse el porvenir presente. Nada de esto. Qué ha predicho el magnetismo despues de cincuenta años? Qué nos dice de lo que sucederá, no ya de aquí á mil años, no ya de aquí á pasado mañana, sino solo de lo que sucederá mañana por la mañana? Todos los que disponen de nuestros destinos están vivos; ellos hablan, ellos escriben, ellos ponen en movimiento resortes sensibles: y bien, que se nos diga el resultado cierto de su accion sobre un solo negocio público. Ah! el magnetismo que debería cambiar el mundo, no ha podido ni aun llegar á ser un instrumento de policía; confunde á la imaginacion tanto por su esterilidad cuanto por su estravagan-
cia. No es un principio, es una ruina. Asi, á las márgenes desoladas del Eufrates, en el lugar en que estuvo Babilonia y en donde se elevó aquel monumento famoso que debía llevar hasta el cielo, para hablar como Bossuet, el testimonio del antiguo poder de los hombres, el viajero encuentra restos heridos por el rayo y como sobrehumanos por su grandeza. Se inclina, toma en sus manos ávidas un ladrillo mutilado; discierne en él caractéres que fueron sin duda la escritura primitiva del género humano; mas en vano hace esfuerzos para leerla; el fragmento sagrado vuelve á caer de sus manos sobre el coloso calcinado por el fuego: no es ya mas de una teja quebrada, que menosprecia la curiosidad misma.

Yo miro á todas partes, Sres., y no veo mas que á Jesucristo.

No obstante, quizá me direis todavia: Si Jesucristo ha hecho milagros durante su vida y aun en los primeros tiempos de su Iglesia, por qué no los hace ahora? Por qué ya no hace milagros? Ah! Sres., él los hace aun diariamente; pero vosotros no los veis? Él los hace con menos prodigalidad, porque el milagro moral y social, el milagro que exigia tiempo está ya realizado y se halla á vuestra vista. Cuando Jesucristo ponía los fundamentos de su Iglesia, le era necesario obtener la fé respecto de una obra que no hacia mas que comenzar, hoy dia está hecha aunque no acabada: vosotros la veis, la tocais, la comparais, la medís, vosotros juzgais si es obra humana. Pa-

ra qué, pues, ha de prodigar Dios el milagro con quien no ve el milagro? Para qué os habia yo de llevar, por ejemplo, á las montañas del Tirol, á que vieseis allí prodigios que cien mil de nuestros contemporáneos han visto hace quince años? Para qué he de tomar en la cantera una piedra cuando la Iglesia está edificada? El monumento de Dios está en pié: toda fuerza ha tocado á él: toda ciencia lo ha examinado: toda blasfemia lo ha maldecido; miradlo, él está ahí. Él está suspendido hace diez y ocho siglos entre el cielo y la tierra, como dice el conde de Maistre: si no lo veis, que es lo que habeis de ver? Los judios decian tambien á Jesucristo en una parábola célebre: *Resucitad á uno de los muertos.* Y Jesucristo les decia: *Si no creis á Moises y á los profetas tampoco creereis aun cuando alguno de los muertos resucitare.* (1) La Iglesia es Moises, la Iglesia ha existido en todos los profetas, la Iglesia es el milagro vivo: quien no ve á los vivos cómo ha de ver á los muertos?

CONFERENCIA

TRIGESIMA NONA.

DEL ESTABLECIMIENTO

DEL REINADO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Sea que consideremos la vida interior de Jesucristo ó bien su vida pública, él ha vivido como Dios. Pero vivir no es mas que el primer acto de la vida;

(1) S. Lucas. Cap. 16 ver. 31.

el segundo acto de la vida es sobrevivirse. Porque toda vida tiene un objeto, y el cumplimiento ó verificativo de este objeto es el que nos sirve para juzgar de aquella. Por consiguiente, no basta el haberos probado, aun con evidencia, que la vida interior de Jesucristo y su vida pública han tenido un carácter divino; pues que si esta vida no ha alcanzado su objeto, si no ha dejado algo tras de sí, sea cual fuere la opinion que por otra parte podamos formar, ella ha sido vana. Es necesario que Jesucristo, despues de haber vivido como Dios, se haya sobrevivido como Dios, si no, todo lo que podremos concluir de la desproporcion entre su vida y los efectos de su vida, es que ha sido la mas magnífica y la mas inesplicable nada que ha aparecido hasta ahora. Mas para sobrevivirse como Dios, qué ha debido hacer Jesucristo? Ninguna otra cosa mas que llenar el objeto de su vida, tal como lo habia públicamente anunciado y descrito, que era fundar aquí abajo el reino de Dios. *Y despues que Juan fué preso, dice el evangelista San Marcos, vino Jesus á la Galilea, predicando el Evangelio del reino de Dios, y diciendo: Pues que el tiempo se ha cumplido, y se ha acercado el reino de Dios: haced penitencia y creed al Evangelio.* (1) Y enviando á sus discípulos á tomar su parte en el apostolado, trazaba su mision de esta suerte: *Y en cualquiera ciudad en que entrareis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante: y curad á los enfermos que en ella hubiere y decidles: Acercádose ha á vosotros el Reino de Dios. Mas si en la ciudad en que entrareis no os recibieren, salid á sus plazas y decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros; sabed no obstante, que se acercó el Reino de Dios* (2) Y cual era el reino de Dios predicado por Jesucristo como siendo el fin de su venida al mundo? Era el mismo, en tanto que debia ser reconocido como Dios, amado como Dios, adorado como Dios, fundador y gefe de una sociedad universal de la

(1) San Marcos cap. 1, vers. 14 y 15.

(2) San Lucas, cap. 10, vers. 8, 9, 10 y 11.

cual seria su divinidad la piedra angular por la fé, el amor y la adoracion. Y bien, Señores, se ha realizado esa obra? Jesucristo vivo y muerto ha fundado sobre la tierra un reino del cual es Dios? Ha fundado el reino de las almas? Es él entre nosotros el solo y único Rey de las almas? Yo no tengo necesidad de demostrarlo: hace diez años que os espongo sus maravillas, y aun cuando no lo hubiera hecho, está á vuestra vista ese reino espiritual, un gran número de vosotros sois miembros y subditos suyos; es una cosa que habla por sí misma y superior á toda demostracion. Si, existe sobre la tierra, en esta tierra de cieno y de tránsito, un reino de las almas en que Dios es servido en espíritu y en verdad, en donde se combate contra la carne, la sangre y el orgullo, en donde nada se asemeja á lo que hay en otra parte, y del cual es Jesucristo el autor, el gefe, el Rey, el Dios. Y como el ángel del Apocalipsis, espectador del último triunfo de este imperio, ha cantado su gloria de antemano por esta única palabra lanzada en medio del estupor de los mundos: *Factum est.* (1)—*Es hecho!* asi, desde ahora yo, discípulo de Cristo, hijo del reino de Dios, adorador del Rey de las almas, digo á vosotros: *Factum est,—Es hecho.*

No es pues del hecho de lo que se trata entre nosotros; él está demostrado, es palpable, está aquí, y yo puedo concluir: despues de haber vivido como Dios, Jesucristo se ha sobrevivido como Dios. Mas no será inutil haceros ver cuanto exede esa obra á toda fuerza criada, y haré lo posible por conseguirlo esponiendoos la doble dificultad que Jesucristo tenia que vencer. Llamaré á la una dificultad privada y á la otra dificultad pública: su esplicacion ocupará la hora que Dios me permite consagraros.

La primera condicion del reino de las almas y de su establecimiento, era obtener fé en su fundador, es decir que Jesucristo llegase á ser para una innumerable multitud de hom-

(1) Apocalipsis, cap. 11, vers. 15.

bres la regla de todos sus pensamientos, y que, abdicando ellos lo que consideran como mas necesario y profundo, que es la inteligencia propia, aceptasen como suya la inteligencia de Jesucristo, hasta poder decir con San Pablo: *No soy yo, es Jesucristo quien vive en mí.* No quiere decir esto, Señores, que Jesucristo para establecer su reinado por la fé, exija de nosotros el sacrificio absoluto de nuestra razon, pues que él mismo es la razon suprema, no siendo la nuestra mas que un reflejo de la suya, segun está espresamente escrito en el Evangelio de San Juan. Mas debia exijir de nosotros el sacrificio de nuestro espíritu propio, que es cosa muy distinta del sacrificio de nuestra razon. En verdad, la razon no está en nosotros en el estado puro; si estuviera en el estado puro, iluminados con una luz única é igual, caminariamos con la mas perfecta unanimidad. En lugar de esto, aunque participando de la razon única y universal, sin lo cual no seriamos inteligencias, mezclamos á ella debilidades, oscuridades, hábitos, resoluciones adoptadas, mil circunvalaciones misteriosas que cortan sus grandes caminos, disminuyen su claridad y hacen de la razon una cosa estrecha y personal que llamamos espíritu propio. Este espíritu propio, resultado de nuestra servidumbre y de nuestra libertad, es el que divide á los hombres en la casa de su comun madre, y no les permite fundar aquí abajo por sí mismos, la santa república de la verdad. En efecto, estamos apegados doblemente al espíritu propio; lo estamos porque la razon constituye el fondo de él, y porque nada hay mas justo que atenerse á la razon; pero acaso lo estamos aun mucho mas por el carácter particular que nos distingue y que se compone de las innumerables impresiones que el flujo y refluo de la inteligencia han depositado en nosotros, desde el primer día en que hemos usado de la admirable facultad de ver, de oír, de juzgar, de raciocinar y de sentir. Pues bien, por la fé en Jesucristo, necesaria á la constitucion del reino de las almas, debemos abdicar este espíritu propio que nos es tan natural y tan querido; es necesario que subordinemos nuestra

razon á la razon superior de Cristo, que rompamos el molde personal mas ó menos falso y estrecho, que nos hace ser lo que somos, para entrar en el molde ancho y profundo de donde ha salido el Evangelio, y que es la inteligencia misma de Jesucristo.

Este sacrificio, Señores, nos es infinitamente penoso, porque para apartarnos de las tendencias de nuestra naturaleza, hiere lo mas delicado de nuestro ser espiritual. Nos es tambien penoso por otro motivo. No solamente queremos conservarnos tales como la naturaleza y la libertad nos han formado, sino que quereinos ademas imponer respeto á los otros, ser sus modelos, sus maestros y crear un reino de las almas del que seamos nosotros los reyes. Por poco elevada que sea la inteligencia que el hombre ha recibido del cielo, esa es su inclinacion: tanto en el órden del espíritu como en los demas órdenes de accion el hombre quiere reinar. Si ha sido favorecido por lo que se llama nobleza, quiere ser rey de la nobleza: si la fortuna es su patrimonio, quiere ser rey de la fortuna; si el poder le ha cabido en suerte, quiere ser rey del poder; en fin, si el talento es el don que se le ha comunicado, quiere ser rey del talento. Este último imperio es el mas codiciado de todos, y los reyes mas absolutos no estan contentos, si no precisan á toda inteligencia á que se eclipse delante de la suya. Cuando, pues, Jesucristo exije de nosotros que sacrifiquemos nuestro espíritu propio á su soberana razon, exije la abdicacion del cetro que mas apetecemos; entra en una conjuracion que tiene por objeto precipitarnos del tronó mas legítimo á que podamos aspirar. Porque, que cosa mas legítima que reinar por la inteligencia, por ese don que no dimana de la casualidad, ni de la eleccion y trabajo de los otros, sino de nuestro propio fondo, sembrado por la naturaleza y cultivado por nosotros mismos? Y cuanto mas lo poseemos, ya sea por la ciencia, ya por la filosofia, tanto mas nos sentimos irritados contra ese que se llama el Cristo, que nada menos pretende, sino poner su espíritu en lugar del nuestro, hacernos respirar su pensa-

miento y hablar su palabra. He aquí el secreto, Señores, de la aversion de tantos sabios y filósofos contra Jesucristo: estas son gentes que no quieren ser destronadas y es muy natural que no quieran serlo.

Sin embargo ha sido necesario, que todos los que en diez y ocho siglos hemos querido ser hijos de Jesucristo, consintiesemos en ser destronados, en hacernos pequeños, en ser enseñados no solamente en nuestra infancia, sino aun en el fin de nuestra vida, y que cargados de años y de honores, despues de haber gobernado á los hombres bajo otros aspectos que los del espíritu, en nuestros últimos momentos, próximos á comparecer delante de Dios, abdicásemos todavia ese reinado del entendimiento tan caro al orgullo, para descansar como hijos en Jesucristo y suplicarle nos lleve con sus dos benditas manos al solio del Espíritu puro y eterno, que es Dios su padre.

Ningun otro sobre la tierra, ningun otro, Sres., ha obtenido esa suprema dictadura del entendimiento. Los tiranos han oprimido el pensamiento humano impidiendo su manifestacion; pero no lo han gobernado jamas: él escapa á todos los resortes de la mas sabia administracion. Los sabios han fundado escuelas, mas escuelas efimeras cuyas leyes han desconocido los discípulos mismos: deberá esto causarnos admiracion? El discípulo del sabio es hombre como él: adora el pensamiento del maestro hasta el dia en que el suyo, madurado por una legítima ingratitud, le proporciona alcanzar los honores de la enseñanza, y señalar su puesto en la historia de las mudables dinastias de la sabiduría. Las sectas religiosas, sobre un terreno mas sólido, casi no han tenido mejor exito. La heregia nos vuelve el espíritu propio, el cisma nos vuelve el espíritu propio; el protestantismo nos vuelve el espíritu propio: todas esas doctrinas lejos de encadenar la fé, han tenido por objeto su emancipacion. El mahometismo, como antiguamente la idolatria, no ha podido constituir una autoridad doctrinal, y abandona por consiguiente á sus fieles á los azares de su propia direccion. Cualquiera otro que no sea Jesucristo

nos deja ó nos devuelve nuestro espíritu, y en esto precisamente consiste el embeleso eterno del error. Qué es lo que se nos dice en la actualidad? Qué es lo que el presente siglo, incierto de sus miras y casi igualmente incapaz de resolucion asi para el bien como para el mal, exige de Jesucristo en un tono suplicante? No es aflojar los lazos de su imperio, excluir ciertos artículos de la antigua constitucion cristiana, revisar el pacto primitivo del Evangelio, y ajustar en fin una transaccion entre el tiempo y la eternidad? Mas Jesucristo se rié de estos deseos frágiles que no provienen de una entera obediencia á su adorable razon; entre él y nosotros no puede haber otra cosa mas que él ó nosotros, la abdicacion de nuestro espíritu propio ó el reinado de nuestro espíritu propio: esto es lo que hay que tomar ó que dejar del todo.

No basta á Jesucristo poner su espíritu en lugar del nuestro; rey de nuestra inteligencia, no se halla todavia sino al principio de su intento; él quiere algo mas que el pensamiento quiere nuestro amor. Y que amor Dios mio! un amor que sea lo sumo del amor humano, y ante el cual desaparezca toda historia de amor. Y á fin de que juzgueis del prodigio que hay en esto, examinad de cerca la dificultad que nosotros mismos tenemos en ser amados mientras vivimos.

Apenas comienza á desarrollarse en nosotros la sensibilidad, cuando ya buscamos en los compañeros de nuestra adolescencia, simpatias que se apoderen de nuestro corazon y lo saquen de su amada y triste soledad. De ahí proceden, en la historia de todas las vidas generosas, aquellos primeros tiempos, aquellos recuerdos antiguos que ningun otro puede borrar y que hasta la última vejez, dejan en nuestra alma un perfume de lo pasado. Con todo, á pesar de la fuerza de esas amistades juveniles, el simple curso de los años suspende el progreso de ellas; nuestros ojos haciendose mas consistentes, se hacen tambien menos sensibles á las bellezas de nuestra edad; algo que no es ya propio de la infancia nos libra de ese

primer encanto que ningun otro igualará quizá, pero que ya no satisface á nuestro corazon. La amistad se resfria convirtiéndose en una confianza grave y civil, y nuestra alma que ha subido un grado en la escala de la vida, necesita de un nuevo atractivo que la subyugue llenándola enteramente. Diré yo el nombre de ese atractivo? Y por qué no lo he de decir? Hay dos cosas ante las cuales, con la ayuda de Dios, no retrocederé jamas: el deber y la necesidad. Es una necesidad de mi discurso que pronuncie el nombre demasiado profano del segundo afecto del hombre: lo pronuncio pues y digo: el hombre que gravita de la adolescencia hácia la edad madura, necesita de un atractivo que satisfaga á la vez su juventud y su fuerza, la necesidad de reproducirse y del porvenir; Dios le ha preparado el amor que debe, si es verdadero, es decir puro, acabar la educacion de su vida y hacerlo digno de tener una posteridad. Pero, ó debilidad de nuestra naturaleza! bien pronto los cuidados de la virilidad pliegan nuestra frente, grabando las arrugas en ella, un testimonio honorífico al pensamiento: qué mas se necesita? Incapaces de obtener en lo sucesivo la reciprocidad de una embriaguez apaciguada ya para nosotros, y que no tiene bastantes ilusiones con que alimentarse, descansamos en una afeccion mas tranquila, mas serena, dulce aun, pero que no merece ser comparada con el embeleso de esa pasion que he nombrado ahora mismo con su nombre propio.

No obstante, los recursos del alma humana no han llegado á su término; hija del amor eterno, el fuego divino de su origen la inspirará hasta el fin. Con las primeras sombras de la vejez, penetra en nuestro corazon el instinto de la paternidad, y toma posesion del vacio que han dejado en él sus precedentes afeciones. No es esta una decadencia, guardaos de creerlo asi; despues de la mirada de Dios sobre el mundo, nada hay mas bello que la mirada del anciano sobre el niño, mirada tan pura, tan tierna, tan desinteresada, y que señala en nuestra vida el punto mismo de la perfeccion y de la mas grande semejanza con

Dios. El cuerpo se postra con la edad, el espíritu se abate tambien; pero la facultad de amar permanece en todo su vigor. La paternidad es tan superior al amor como el amor es superior á la amistad. La paternidad corona la vida; y seria ella el amor completo y sin tacha, si del hijo al padre hubiera una correspondencia igual á la que hay del amigo para con el amigo y de la esposa para con el esposo. Pero no es asi. Cuando somos niños se nos ama mas de lo que nosotros amamos, y llegando á viejos, amamos á nuestra vez, mas de lo que somos amados. No hay en esto nn motivo de queja. Vuestros hijos emprenden el camino que vosotros mismos habeis seguido, el camino de la amistad, el camino del amor, ejemplos eficaces que los hacen no corresponder al amor que sus padres han tenido por ellos. Es honroso al hombre el volver á encontrar en sus hijos la misma ingratitud que él tuvo para con sus padres, y morir, imitando á Dios por un amor desinteresado.

Pero es verdad tambien, que buscando el amor por toda nuestra vida, no lo obtenemos jamas sino de una manera imperfecta, que hace padecer infinitamente á nuestro corazon. Y aun cuando lo hayamos obtenido estando vivos, qué nos queda del amor despues de la muerte? Yo veo que una oracion propicia nos sigue mas alla de este mundo, que un recuerdo piadoso pronuncia aun nuestro nombre; mas bien pronto el cielo y la tierra dan un paso, sobreviene el olvido, el silencio nos cubre, ninguna playa envia ya sobre nuestra tumba la brisa celeste del amor: se acabó, se acabó para siempre, y tal es la historia del hombre en el amor.

Me engaño, Sres., hay un hombre cuya tumba es guardada por el amor; hay un hombre cuyo sepulcro, no solamente es glorioso, como ha dicho un profeta, sino tambien amado. Hay un hombre cuya memoria, despues de diez y ocho siglos no se ha borrado en lo mas mínimo; que diariamente renace en el pensamiento de una multitud innumerable de hombres, que es visitado en su cuna por pastores y por reyes, que le

traen á competencia el oro, el incienso y la mirra. Hay un hombre cuyas pisadas sigue una porcion considerable de la humanidad sin cansarse jamas, y que aun habiendo desaparecido, se ve seguido por esa multitud en todos los lugares de su antigua peregrinacion, sobre las rodillas de su madre, al borde de los lagos, en lo alto de las montañas, en los senderos de los valles, bajo la sombra de los olivos, en el secreto de los desiertos. Hay un hombre muerto y sepultado cuyo sueño se ve la y el momento de despertar se aguarda, cuya palabra despues de tantos años vibra todavia y produce mas que amor, ella produce virtudes que fructifican en el amor. Hay un hombre pendiente hace siglos de un patíbulo, y á este hombre, millones de adoradores lo desprenden cada dia del trono de su suplicio, se ponen de rodillas ante él, se prosternan lo mas bajo que pueden sin sonrojarse, y allí, por tierra, le besan con indecible ardor los piés ensangrentados. Hay un hombre azotado, crucificado, muerto, que una indefinible pasion resucita de la muerte y de la infamia, para colocarlo en la gloria de un amor que no desfallece jamas, que encuentra en él la paz, el honor, el gozo y hasta el éstasis. Hay un hombre perseguido en su suplicio y en su tumba por un odio inestinguible, y que exigiendo apóstoles y mártires de toda posteridad que nace, encuentra apóstoles y mártires en el seno de todas las generaciones. Hay un hombre en fin, y el único, que ha cimentado su amor sobre la tierra, y ese hombre eres tú ó Jesus! tú que has tenido la dignacion de bautizarme, unirme, consagrarme en tu amor, y cuyo solo nombre abre mis entrañas en este momento y arranca de ellas este acento que me turba á mí mismo y que antes no me era conocido.

Quien pues de los grandes hombres es amado? Quién lo es entre los guerreros? Es Alejandro, Cesar, Carlomagno? Quién entre los sabios? Es Aristoteles ó Platon? Quién de los grandes hombres es amado? Quién? Nombradme uno solo; nombrame un hombre muerto que haya dejado el amor

sobre su tumba. Mahoma es venerado por los musulmanes; él no es amado. Jamas un sentimiento de amor ha tocado lijeramente el corazon del musulman que repite su maxima. "Dios es Dios y Mahoma es su profeta." Un solo hombre ha hecho á todos los siglos tributarios hácia él de un amor que no se estingue; rey de las inteligencias, Jesucristo es tambien rey de los corazones, y, por una gracia que confirma la que solo es propia de él, ha dado á sus santos el privilegio de producir igualmente en la memoria de los hombres un recuerdo piadoso y constastante.

Mas á pesar de lo que os he manifestado, no he concluido todavia la esposicion de los elementos que constituyen el reino de las almas. Jesucristo, siendo Dios, no debia contentarse con una fé inalterable y un amor inmortal; debia exigir ademas la adoracion. La adoracion es el anonadamiento de sí mismo ante un ser superior, y esta pasion, Señores, no nos es desconocida: se encuentra como todas las otras en el fondo de nuestra naturaleza, en donde hace un papel mas importante de lo que acaso pensais. Todos mas ó menos, no nos hagamos ilusiones, todos queremos ser adorados. El deseo innato de la adoracion es el que ha producido todas las tiranías. Os admirais algunas veces de que un príncipe anude infinitas intrigas para eximirse de las leyes divinas y humanas, de que añada la violencia á la astucia, de que vierta arroyos de sangre y vaya en derechura á la escsecracion del género humano: os preguntais con que objeto. Ah! Señores, con el objeto muy natural de ser adorado, de ver á todo pensamiento sometido al suyo, á toda voluutad conforme con su voluntad, á todo poder, á toda ley, á todo derecho, á toda obligacion emanando de él, y al cuerpo mismo del hombre encorvado como un esclavo ante su cuerpo mortal. Ved aquí el fondo de nuestro corazon como el fondo de Satanás. Pero por un contrapeso que era debido á esa horrible enfermedad del orgullo, no podemos desear la adoracion para nosotros mismos, si no es abominando al mismo tiempo el adorar á otro. ¹De

aquí proviene la execración que se tiene al depotismo. La humanidad abatida por un poder que desconoce toda ley, concentra en sí misma su sorda indignación y aguarda el día inevitable de la debilidad; llegado este se levanta y destruye en un momento á la vil criatura que la habia menospreciado hasta el punto de exigirle el incienso. Un grande Orador ha dicho en una tribuna célebre: "No hay mas que un paso del Capitolio á la roca Tarpeya." Yo diria con tanta verdad, aunque no con la misma elegancia: del altar al cieno no hay mas que un paso. Todo el que es adorado, cae tarde ó temprano, por la mano popular, del trono de la majestad divina usurpada: la indignación pública lo arrastra con la cuerda al cuello y lo condena á un oprobio eterno. Asi lo quiere la historia, esa autoridad encargada de la promulgación de los juicios de Dios sobre el orgullo del hombre.

Con todo eso Jesucristo es adorado. Hombre mortal y muerto, ha sabido conquistar una adoración que subsiste y de la cual no hay otro ejemplo en el mundo. Qué emperador ha conservado sus templos y sus estatuas? Qué se ha hecho toda aquella multitud de Dioses creados por la adulación? El polvo de ellos no existe ya, y la memoria que sobrevive es una ocasión para que el pensamiento admire la extravagancia de los hombres y la justicia de Dios. Solo Jesucristo ha quedado en pie sobre sus altares, no en un rincón del mundo, sino por toda la tierra y entre las naciones célebres por la cultura del entendimiento. Los mas grandes monumentos del arte abrigan sus santas imágenes; las ceremonias mas magníficas reúnen los pueblos á la sombra de su nombre; la poesía, la música, la pintura, la escultura agotan sus bellezas hablando de él y ofreciéndole un incienso digno de la adoración que los siglos le han consagrado. Y sobre qué trono se le adora? Sobre una cruz. Qué digo sobre una cruz! Se le adora bajo la humilde apariencia del pan y del vino. Aquí el pensamiento se confunde enteramente. Parece que ese hombre como que se complace en abusar de su extraño poder y en pros-

ternar á la humanidad toda entera, haciendo que doble la rodilla ante los simulacros mas vanos. Abatido por su suplicio á un punto mas bajo que la muerte, ha hecho de la afrenta misma el solio de su divinidad, y no contento con este triunfo, ha querido que reconociésemos su suprema esencia y su eterna vida por una adoración que desmiente á nuestros sentidos. Se puede concebir algo del éxito que ha tenido semejante valentía?

Es verdad que muchas manos han intentado echarlo abajo de sus altares; mas la impotencia de ellas solo ha servido para confirmar su gloria. A cada ultraje se ha engrandecido mas; el talento lo ha protegido contra el talento, la ciencia contra la ciencia, el imperio contra el imperio; se ha hecho de armas entre todas las armas que se han alzado contra él, y cuando se le creía por tierra, el mundo lo ha visto levantado, tranquilo, sereno, Señor de todo, adorado.

Asi ha fundado el reino de las almas por una fé que nos cuesta el sacrificio de nuestro espíritu propio, por un amor que sobrepuja á todo amor, por una adoración que no hemos otorgado mas que á él, triple misterio de una fuerza que nos revela su divinidad y que nos la revelará mucho mejor, cuando hayamos visto la dificultad pública que se oponia al establecimiento de ese reino sobrenatural.

El lugar, Señores, estaba ocupado cuando Jesucristo vino al mundo; el lugar estaba ocupado porque jamas está vacío. Aunque no hubiera pretendido establecer entre él y nosotros sino relaciones secretas, una especie de culto oscuro, este designio habria encontrado tarde ó temprano, temores y zelos que se habrian manifestado por una resistencia pública. Pero estaba lejos Jesucristo de querer ocultar su reinado bajo de tierra: él habia dicho: *Lo que oís á la oreja, predicadlo sobre los tejados*; (1) y él mismo, enemigo de toda iniciación misteriosa, habia constantemente hablado y obrado á la vista

(4) S. Mateo, Cap. 10, ver. 27.